

Stephen Smith

LA HUIDA HACIA EUROPA

La joven África en marcha
hacia el Viejo Continente

Traducción de Javier García Soberón

arpa

ÍNDICE

Introducción. Desde lo alto de las pirámides de población	11
África, el México de Europa	17
Una tensión generacional	21
El África negra aún no se ha ido	26
En el reino de lo falso	31
I. La ley de los números grandes	37
África, la juventud del mundo	42
Nigeria: o la tomas o la dejas	47
Lagos: mitad pocilga, mitad paraíso	53
El «modelo» chino	60
La manipulación de la demografía	64
II. La isla-continente de Peter Pan	68
Graneros vacíos y tierras codiciadas	71
El «nacimiento» de la juventud	76
Suicidas con capas azules	83
Los hermanos y hermanas en la fe	86
La llamada de atención	92

III. El África emergente	100
Secretos de fabricación	104
El Estado, guardián de las puertas	110
«Mil millones de buenas razones»	115
Viaje al final de los registros identitarios	121
Moussa Wo, el <i>enfant terrible</i>	125
IV. Una salida escalonada	131
El dilema del codesarrollo	136
La sequía del lago Chad	143
Vivir «la vida de los blancos»	149
Los registros del rechazo	153
El foco del <i>Mare Nostrum</i>	159
V. Europa, ¿destino u objetivo?	170
No se puede hacer la cuenta sin la huésped	173
Un dique de fajos de euros	180
«Jugar a los bolos solo»	186
Cuentas de actuario	195
Atención a las «retrotransferencias»	201
El rencor aguzado por el invierno	206
Conclusión. Escenarios futuros	213
La obsesión de «los escenarios y los tipos»	215
¡Vete a ver <i>el otro lado!</i>	221
Notas	227
Bibliografía	243

Para Charlie y Anne

INTRODUCCIÓN

DESDE LO ALTO DE
LAS PIRÁMIDES DE POBLACIÓN

La historia avanza, pero despacio. En los Juegos Olímpicos de Londres de 2012, el deportista de mayor edad era Hiroshi Hoketsu, un jinete japonés que a sus setenta y un años había conseguido clasificarse por tercera vez. La participante más joven, la nadadora Adzo Kpossi, que competía en la prueba de los cincuenta metros libres, tenía tan solo trece años y venía de Togo. Ninguno de los dos consiguió la medalla, pero encarnaban los polos opuestos de la nueva geografía humana del mundo. El veterano olímpico procedía de una sociedad que es la más envejecida de la Tierra desde mediados de los años setenta; la benjamina, de un país del sur del Sáhara que concentra desde entonces la juventud mundial. Que una togolesa y un japonés formen de esta manera la base y la cumbre de la pirámide de población no era por tanto un hecho debido por completo al azar. Como tampoco es cuestión de puro azar que Londres se convirtiera poco después en la primera capital europea en elegir un alcalde musulmán de ascendencia inmigrante.

En mayo de 2018, la elección de Sadiq Khan, nacido en suelo británico tras la llegada a Inglaterra de sus padres paquistaníes en 1970, fue para unos una consagración política y para otros la confirmación de su miedo de haber dejado de estar «en su casa». Estas son dos interpretaciones del hecho de que Londres cuente hoy con aproximadamente el mismo número de habitantes que en los años cincuenta, pero que la composición de su población haya cambiado de manera radical: hace tres generaciones, los londinenses eran hijos de padres británicos, descendientes a su vez de otros británicos; en la actualidad, más de la mitad son inmigrantes de primera o segunda generación¹.

De manera bastante frecuente, la «geografía humana» —más comúnmente llamada demografía— se percibe como una invitación al aburrimiento. Más allá de los rompecabezas estadísticos y las «cohortes» de edad, es una cuestión de escalas. Los cambios demográficos se producen a un ritmo demasiado lento para que nos afecten en nuestro día a día, hasta el día en que, impactados por la evidencia, nos damos cuenta de que «ha sucedido, como suele pasar, sin que nadie se dé cuenta, y para muchos de un solo golpe». Con esta frase, en un panfleto de 1962 contra el racismo antinegros en Estados Unidos, James Baldwin describió la perplejidad propia de quien se despierta sobresaltado². Dos años más tarde, el candidato conservador a diputado por Smethwick, una pequeña ciudad carbonera y acerera de los Midlands ingleses, cerca de Birmingham, hizo campaña con el eslogan «*If you want a nigger for a neighbour, vote Liberal*

or Labor» (Si quieres a un negro por vecino, vota a los liberales o a los laboristas). En otros lugares del Reino Unido, el partido laborista, que llevaba trece años en la oposición, tenía el viento a su favor y obtenía una mayoría cómoda. Pero en Smethwick, Peter Griffith venció a uno de los dirigentes laboristas, Patrick Gordon Walker, que iba a ser ministro de Asuntos Exteriores. En aquella época, Smethwick parecía una anomalía local, un estallido racista errático. Pero después del golpe de efecto del voto británico a favor de la salida de la Unión Europea en junio de 2016, el nombre de la ciudad suena como un aviso ignorado del Brexit. Siendo «los polacos» el objetivo primario del referéndum, de los cuales más de un millón había llegado a Gran Bretaña en los cinco años que siguieron a la entrada de su país en la Unión Europea en 2004, hay lecciones que aprender: el racismo solo es una forma más de rechazo al Otro. En 2016, en Smethwick —una ciudad en la que hoy los «británicos blancos» representan solo el 38 % de la población³— dos tercios votaron a favor de abandonar la Unión Europea. Entre las razones alegadas por los inmigrantes de primera o segunda generación para explicar su voto figuraban, en este orden, la preferencia concedida a los ciudadanos de la Unión Europea sobre los miembros de la Commonwealth para establecerse en el Reino Unido, el rechazo de los comerciantes y trabajadores locales a la competencia polaca y la oposición al neoliberalismo «a lo Thatcher» de la Unión Europea.

¿Qué ha sucedido en Gran Bretaña en medio siglo, más o menos el tiempo de una vida adulta? Cuando Vi-

diadhar Surajprasad Naipaul, un brahmán hindú proveniente de Trinidad y Tobago, llegó en 1950 para continuar sus estudios, en la metrópolis colonial más importante había 25.000 inmigrantes de color⁴. V. S. Naipaul tenía por aquel entonces dieciocho años. Al subir al avión en Puerto España, dejó a los suyos sin mirar atrás, con los ojos clavados en su sombra, que se proyectaba ante él, «un enano que bailaba sobre la pista». Al bajar del avión, se prometió a sí mismo: «Tengo que mostrarle a esta gente que puedo vencerles en su propia lengua»⁵. Cumplió su objetivo en 2001, cuando el escritor del desarraigo liberador —narrado por él como una oportunidad para «rehacerse»— recibió el premio Nobel de literatura. En el Reino Unido había entonces 4,6 millones de inmigrantes sin distinción de origen, cerca del 8 % de la población (de acuerdo con la *Office for National Statistics*, un 13,6 % en 2015). ¿Eso es poco, mucho, ya demasiado o aún no suficiente? Dependerá de la opinión de cada cual. Pero solo los británicos pueden decidir eso. De la misma manera que corresponde a los japoneses decidir si quieren seguir siendo un país en el que solo un 1,5 % de los habitantes ha nacido en el extranjero; o a los estadounidenses el querer continuar acogiendo a «los cansados y los pobres» de la Tierra, las «masas que aspiran a ser libres» y al «excedente de la orilla abarrotada», como proclama el poema de Emma Lazarus grabado en el pedestal de la Estatua de la Libertad. Por mi parte, en la redacción de este libro, no partiré de ningún *a priori* —ni de «homogeneidad» ni de «mestizaje»— como ideal sino como imperativo

moral. No cuestionaré a los japoneses por su aparente deseo de permanecer «entre ellos», así como no exaltaré la elección de los estadounidenses de acoger la diversidad, si es que todavía sigue siendo el caso. Tampoco llevaré a cabo ninguna investigación para saber si los migrantes africanos de los que hablo huyen de la violencia y la injusticia de sus países, de la pobreza o de la falta de oportunidades para vivir mejor. En resumen, no distinguiré entre inmigrantes legales e ilegales más allá de la simple constatación, ni entre migrantes económicos y solicitantes de asilo⁶. No quiero decir con esto que estas cuestiones no sean importantes: todo lo contrario, a menudo marcan la dirección del destino y conforman la cadena de un debate que considero esencial. Sin embargo, mi intención aquí no es seguir polarizando el debate sino informar y proporcionar una base factual sobre la que cada cual pueda posicionarse políticamente. De manera más precisa, pretendo evaluar la importancia de África como reserva migratoria y, en la medida en que me sea posible predecirlo, de qué magnitud serán los posibles flujos migratorios que irán hacia Europa y en qué plazo. Esto me devuelve a V. S. Naipaul. No llegó a Londres como un «invasor amenazante» ni como una «víctima inocente». Llegó para labrarse un futuro, como un pionero armado con la fuerza de su carácter para «llegar más lejos». Dejó su país natal para establecerse en el Reino Unido, un país que por aquel entonces ya estaba «hecho», es decir, que se había formado a través de una larga historia, adaptándose constantemente. Como acabamos de

ver, tanto la tierra de acogida como el enano brahmán estaban destinados a cambiar en un proceso que bien podemos describir como su «reencuentro poscolonial», a la sombra del alcance del expansionismo británico, o bien como su «reencuentro migratorio», en el marco de la globalización acelerada que estaba en curso. Las dos perspectivas son complementarias. En función del caso y de las necesidades del análisis, adoptaré una u otra.

Hay tres escenas clave que definen la migración internacional: la primera es una escena de abandono, que hace que un habitante abandone su país en un sálvese quien pueda o llevando a la práctica un plan en el que resulta difícil disociar la parte de obligación de la de oportunismo; la segunda escena —la prueba— transforma al fugitivo en héroe, trágico o victorioso, cuando afronta los obstáculos que le bloquean el paso hacia una tierra que ha elegido; finalmente, la tercera escena, la de la reintegración, que es una apuesta en la que se comprometen el migrante y sus futuros conciudadanos, que deben encontrar un lugar de entendimiento que sea «habitabile» para todos. El acto migratorio no se define por la llegada. En ocasiones no es posible determinar su éxito o su fracaso en un plazo variable, a veces hasta la segunda o incluso tercera generación, porque implica al inmigrante y sus descendientes así como al país que se convierte en suyo o que, más o menos, lo es.

ÁFRICA, EL MÉXICO DE EUROPA

Este libro explora la geografía humana de África, principalmente la subsahariana. Dibuja un mapa viviente del continente vecino de Europa y desemboca en una conclusión susceptible de levantar pasiones o polémicas: la joven África va a huir hacia el Viejo Continente; esto se inscribe en el orden de las cosas como se inscribía, a finales del siglo XIX, el hecho de que los europeos huyesen hacia África. Solo que esta vez la iniciativa proviene del pueblo, el *demos* que avanza para redibujar el mapa del mundo, mientras que el imperialismo europeo fue de entrada el proyecto de una minoría influyente —en Francia, del «partido colonial»— que supo arrastrar al Estado y a la sociedad. A finales del siglo XIX, los pobres y los oprimidos del Viejo Continente se iban en masa a América, no a África. En términos demográficos, el colonialismo europeo en África fue un fracaso, incluidas las escasas colonias de poblamiento. En 1930, el número de europeos en suelo africano procedentes de las principales metrópolis coloniales —Gran Bretaña, Francia, Portugal y Bélgica— era inferior a dos millones, es decir el 2 % de la población de esos cuatro países, y menos del 1 % de la población africana por aquel entonces⁷. Por el contrario, como veremos más adelante, el actual «re poblamiento de la Tierra en favor de los nuevos ciclos de circulación de las poblaciones» (Achille Mbembe) se anuncia como un gran éxito popular.

He aquí, a grandes rasgos, el razonamiento que se desarrollará en los próximos capítulos. En 1885, des-

pués de la conferencia de Berlín, en la que se fijaron las reglas del reparto colonial de África, Europa, fuerte por sus ciencias, por su industrialización y por sus ejércitos, era el continente más desarrollado; por aquel entonces contaba —sin Rusia— alrededor de 275 millones de habitantes. África, seis veces y media mayor en tamaño pero solamente habitada por cerca de cien millones de personas, era la parte del mundo más desfavorecida desde un punto de vista material y tecnológico. El interior del continente, difícilmente accesible por mucho tiempo debido a la inmensidad del Sáhara, la fuerza de los vientos alisios y la malaria, «el más temible guardián de los secretos de África» según el explorador árabe Ibn Battuta, apenas se había cartografiado. En una época en la que «reinar sobre la Tierra» se entendía en un sentido literal, una época en que la fe cristiana y el culto al progreso heredado del Siglo de las Luces predicaban el más ardiente proselitismo, en el que todos los demás continentes ya estaban conquistados y en el que algunos territorios cerrados durante largo tiempo, como Japón, se abrieron por fuerza al «libre mercado», habría hecho falta una concurrencia de circunstancias totalmente excepcional para que África escapase al dominio europeo.

Sería igualmente sorprendente que no afectase a Europa antes que a ningún otro continente la próxima cadena de olas migratorias procedentes de las zonas menos desarrolladas del planeta. Entre 1960 y 2000 se aceleró el flujo entre los países del sur y los del norte y el número total de migrantes sur-norte se triplicó, pasando de 20 a 60 millones de personas⁸. Salvo desde el Ma-

greb y principalmente con Francia como destino, África, completamente independiente, no ha desempeñado un papel importante en estas olas de inmigración provenientes, sobre todo, de Asia y Sudamérica. El África subsahariana aún era demasiado pobre y estaba demasiado apartada. Todavía sigue estando particularmente desfavorecida: en 1960, algo más de la mitad de su población vivía en la pobreza absoluta; hoy es un poco menos de la mitad, de acuerdo con el Banco Mundial. Sin embargo, entre tanto, la población al sur del Sáhara casi se ha cuadruplicado, pasando de 230 millones en 1960 a mil millones en 2015. También sigue cada vez mejor el compás del mundo, al que ahora está «conectada» por los canales de televisión por satélite, los teléfonos móviles —la mitad de países ya tienen acceso al 4G, propicio al *streaming* y a la descarga de vídeos o de grandes cantidades de datos— o incluso a través de internet, a través de cables submarinos de fibra óptica. En resumen: emerge una clase media de ese océano de pobreza. Alrededor de 150 millones de consumidores africanos disponen en la actualidad de unos ingresos diarios de entre cuatro y veinte dólares; su avance empuja a otros 200 millones cuyo *per diem* oscila entre los dos y los cinco dólares. Es decir, que un número creciente de africanos está «en contacto directo» con el resto del mundo y puede reunir los medios necesarios para salir a buscar fortuna.

Esta situación recuerda a la de México a mediados de los años setenta. Antes, la gran mayoría de los mexicanos estaba demasiado desfavorecida para emi-

grar y solo un millón de ellos había cruzado el río Bravo para instalarse en Estados Unidos. Pero, beneficiados por los inicios de la prosperidad en su país, cada vez más mexicanos cruzaron la frontera. Entre 1975 y 2010, emigraron diez millones —de manera legal o ilegal— a Estados Unidos. En total, contando a sus hijos nacidos ya allí, en treinta y cinco años han formado una comunidad de más de treinta millones de mexicano-estadounidenses, cerca de un 10 % de la población de Estados Unidos. Si los africanos siguiesen su ejemplo hasta 2050, habría que tomarse el último *leitmotiv* del afro-optimismo —*Africa Rising*⁹— al pie de la letra: tras una entrada en masa desde África, habría en Europa entre 150 y 200 millones de afroeuropeos entre los migrantes y sus descendientes (en comparación con los nueve millones actuales). En poco más de treinta años, entre un quinto y un cuarto de la población europea sería de origen africano¹⁰.

¿Es esta una conjetura fantasiosa? ¿Un gancho amarillista? La historia nunca se ha escrito antes de los hechos, los precedentes pueden conducir a engaño y las proyecciones demográficas pueden variar en proporciones significativas, lo mismo que la amplitud y la duración de las migraciones. Además, quizá no sea Europa *el* destino de los africanos en el sentido casi exclusivo que tuvo Estados Unidos para los mexicanos. La comparación viene aún menos al caso teniendo en cuenta que África no es «un país» vecino de Europa y que el Mediterráneo constituye un obstáculo natural más temible que el río Bravo. Sin embargo, y en contraste con

esto, la población estadounidense en 1975 era tres veces y media más numerosa que la mexicana, aunque la última se duplicase entre tanto. En consecuencia, y aunque tuviésemos en cuenta *toda* Latinoamérica con sus 600 millones de habitantes actuales, la presión migratoria sobre Estados Unidos ha sido mucho más débil de la que va a ejercerse sobre Europa. En la actualidad, 510 millones de europeos viven en la Unión Europea (incluyendo aún al Reino Unido), y 1.300 millones de africanos en el continente vecino. En treinta y cinco años, esta relación será del orden de 450 millones de europeos respecto a aproximadamente 2.500 millones de africanos, es decir, cinco veces más; además, en el proceso, la población europea habrá seguido envejeciendo, mientras que en 2050 dos tercios de los africanos seguirán teniendo menos de treinta años. En resumen, habrá un europeo más bien mayor, cercano a la cincuentena, por cada tres africanos, de los cuales dos estarán en la flor de la vida.

UNA TENSIÓN GENERACIONAL

El «juvenismo» del África subsahariana —un efecto residual del crecimiento demográfico sin precedentes que se ha dado en esa porción del mundo desde el periodo de entreguerras— ocupa un lugar central en este libro. En la actualidad, más del 40 % de la población africana tiene menos de quince años¹¹. Este es un dato fundamental y difícil de asimilar en todas sus implicaciones. De

hecho, las múltiples recaídas de una pirámide poblacional en la que cuatro de cada diez habitantes son niños o jóvenes adolescentes son tan inesperadas como difícil es imaginarse de manera concreta una vida diaria con uno o dos dólares para llegar del momento de levantarse al de acostarse. En Francia, un país no obstante «vital» en una Europa que cada vez lo es menos, la proporción de habitantes de cero a catorce años no alcanza el 20 %. Al sur del Sáhara, cuatro habitantes de cada diez no habían nacido cuando derribaron los rascacielos del World Trade Center en 2001; ocho de cada diez aún no habían venido al mundo cuando cayó el muro de Berlín en 1989. Debido a esta media de edad tan baja, las vivencias colectivas del África subsahariana se asemejan a un presente arrollado por la apisonadora de los nacimientos. Con una edad de voto fijada en los dieciocho años o más en 53 de los 54 países del continente, el devenir colectivo está lejos de ser asunto de todos. La mitad de la población está permanentemente excluida de las urnas, y para el momento en que esa mitad acceda a la mayoría electoral, otra nueva mitad privada del derecho a voto habrá nacido en el intervalo. Por ello la democracia parece ser más un privilegio de edad que un derecho mayoritario.

Este renacimiento continuo del África subsahariana afecta a todos los ámbitos de la vida en común, tanto a la decisión entre paz o guerra como a las oportunidades de democratización, la economía y el mercado laboral, la educación, la cultura o incluso la sanidad pública. Por ejemplo, el hecho de que dos tercios de los seropo-

sitivos del mundo sean subsaharianos, al igual que dos tercios de todos los niños soldado, no se debe a que el sida sea un «mal africano» o a que las armas sean mucho más tentadoras al sur del Sáhara. La explicación es más bien la gran proporción de jóvenes que, en general, son sexualmente más activos y menos prudentes que los adultos, sobre todo cuando ya «engañan» a la muerte de mil otras formas; a falta de alternativas más apacibles, algunos de estos jóvenes engrosan las filas de las tropas irregulares de lo que en la Edad Media se conocía como la «guerra de desgaste», o la guerra por la guerra como modo de vida o de supervivencia.

Una pirámide poblacional con una base muy extensa —en inglés se suele emplear el término *youth bulge*¹²— erosiona el derecho de nacimiento o «principio de antigüedad», que tradicionalmente ha sido una de las reglas sociales fundamentales al sur del Sáhara. Se trata del prestigio, privilegio y autoridad que se les concede *ipso facto* a los «viejos», es decir, a aquellos —sobre todo hombres— que han vivido lo suficiente para engendrar una amplia progenie, acceder a puestos de mando y acumular, más allá de los bienes materiales, esa forma de saber que otorga la experiencia de la vida y que llamamos sabiduría. «En África», de acuerdo con la figura de Amadou Hampâté Bâ, «cuando muere un anciano es como si ardiera una biblioteca». Pero ese anciano es también un «gerontócrata», un acaparador de oportunidades a expensas de los jóvenes y las mujeres, que finalmente cede su puesto. De ahí la viva tensión en el África contemporánea entre los «antiguos» y los «mo-

dernos», los sustentadores de un mundo demostradamente estable pero a todas luces injusto por un lado y, por el otro, los partidarios de un mundo más igualitario que, llevados al límite de su frustración, corren el riesgo de «hacer que todo salte por los aires».

En vista de esas dos mayorías del sur del Sáhara cuyos derechos se subestiman, es decir, los jóvenes y las mujeres, el contrato social tiembla de tanta desigualdad. Sin embargo, esta multitud ya no espera pacientemente su momento para disfrutar de mayor poder y prosperidad. Por la fuerza de las armas o de las papeletas de voto, así como a través de nuevas formas digitales del saber o de nuevos artículos de fe, sea pentecostal o islámica, o bien milenarista o islamista, los «menores sociales» buscan emanciparse. Si lo consiguen, desahuciarán a sus mayores. Si fracasan, buscarán irse a algún lugar en el que puedan ser «mayores». Sea lo que sea, la reproducción moral de África ha dejado de funcionar. Aunque todos fueran «ancianos sabios», el 5 % de los africanos de más de sesenta años no es lo bastante numeroso para transmitir sus normas y valores a la masa de jóvenes. En los poblados chabolistas del sur del Sáhara, nueve de cada diez habitantes tienen menos de treinta años y solo a otros de su misma edad como referentes en una vida que consiste en apañárselas. Estos jóvenes, que son los vasos capilares de la globalización, están «conectados» al mundo exterior por todos los medios modernos de comunicación, de los cuales sus mayores entienden más bien poco. Son la exacerbación de lo que Jean-François Bayart calificó como la

«extraversión» histórica de su continente¹³. Están alienados al pie de la letra.

Entre una generación y otra, la asimetría numérica y la desaparición de perspectivas de vida se conjugan para favorecer el desarraigo. Nadie celebra ya la «cultura ancestral» de África salvo en festivales subvencionados por donantes del exterior que el resto del tiempo hacen de todo para disolverla en lo universal. Los africanos «globalizados» se evaden gracias a la parábola o la red. Su «verdadera» vida se encuentra lejos mucho antes de que su cuerpo se ponga en camino hacia el sueño que esté a su alcance: la capital de provincia más cercana, una ciudad de la región, la capital del país, una metrópoli regional en un país vecino más favorecido o finalmente Europa, Estados Unidos, China... En Togo, un país con cerca de ocho millones de habitantes, un adulto de cada tres ha probado suerte en la lotería estadounidense de los permisos de residencia —55.000 *green cards* anuales para todo el mundo— que se ofrecen a los «candidatos a la diversidad»¹⁴. A escala continental, de acuerdo con una investigación del Institut Gallup de 2016, el 42 % de los africanos de entre quince y veinticuatro años y el 32 % de los titulados superiores reconocen que quieren emigrar¹⁵. En 1997, el corresponsal en África del *Washington Post*, Keith Richburg, causó polémica al alegrarse en su libro *Out of America, A Black Man Confronts Africa* de la deportación de sus antepasados africanos al Nuevo Mundo en el que, a pesar de todo, él había podido medrar. Como provocación final, se preguntaba cuál sería el tiempo récord que un bar-

co negrero de un puerto de África occidental tardaría en llenarse de voluntarios para el viaje. Menos de veinte años más tarde, los africanos se hacían en cayucos vulnerables para cruzar el Mediterráneo asumiendo todos los riesgos y peligros del viaje.

EL ÁFRICA NEGRA AÚN NO SE HA IDO

Un aflujo excepcional puede ocultar otro más estructural, 2015 fue un año récord para la migración a Europa debido a los desplazados por las guerras en Siria, en Irak y en Afganistán. Según Frontex, el organismo que se encarga de controlar las fronteras comunitarias, 1,8 millones de personas entraron en la Unión Europea, de los cuales un millón lo hicieron atravesando el Mediterráneo. De estos migrantes, 200.000 provenían de África, el doble según la Organización Internacional para las Migraciones (OIM). Salvo en el caso de los somalíes y sudaneses, originarios de países en crisis existencial, o los eritreos, víctimas de una dictadura feroz, eran escasos los africanos que huían de un riesgo vital inminente, de una represión sistemática o del hambre: en la mayoría de casos iban buscando una vida mejor para sí mismos y sus hijos. De hecho, el número de migrantes africanos no ha registrado fuertes variaciones antes o después de esta espectacular «crisis de refugiados». En 2016, cuando el total de migrantes que intentaban alcanzar Europa por el Mediterráneo cayó a un tercio del volumen de 2015, de un millón a 360.000, solo el número de afri-

canos que cruzaron por la vía marítima «central», en la mayoría de los casos saliendo desde Libia, aumentó un 20 %, alcanzando las 180.000 personas¹⁶. Esto corresponde a las llegadas anuales documentadas por todas las vías de acceso desde hace una década. De hecho, desde 2007, han entrado en Europa dos millones de africanos, una media de 200.000 por año. De acuerdo con la OIM, estos dos millones se suman a un «stock» de migrantes africanos en Europa que se estimaba en nueve millones en el año 2016. Eran menos de 900.000 en 1960, el año de referencia de las independencias africanas, y después tres millones en 1997, de los cuales, entonces, dos tercios eran magrebíes.

Desde los años noventa se observan tres tendencias. La primera, que la parte magrebí viene disminuyendo en los flujos migratorios que parten desde África, ahora que los países mediterráneos del continente están a punto de completar su transición demográfica, es decir, de pasar de familias numerosas y una débil esperanza de vida a familias más pequeñas con una esperanza de vida más elevada. Por el contrario, la parte del África subsahariana aumenta al ritmo de su peso demográfico creciente: desde ahora mil millones de personas al sur del Sáhara contra 300 millones al norte. Además, el porcentaje de africanos que migran *dentro* del continente y se instalan en un país africano más próspero que el suyo pierde terreno respecto al de los que abandonan el continente: entre 1990 y 2013, las salidas del continente se han multiplicado por seis mientras que los cambios de residencia dentro de África solo se han triplicado¹⁷. En

resumen, el destino de los flujos migratorios que parten de África tiende a diversificarse, y el «reencuentro poscolonial» que conllevaría una instalación en Francia, Gran Bretaña, Bélgica o Portugal cede espacio a la migración «global» hacia Europa en su conjunto y, más allá, a Estados Unidos o Canadá, o incluso a China o los países del Golfo.

De acuerdo con un estudio de Naciones Unidas publicado en 2000, la Unión Europea debería acoger a cerca de 50 millones de inmigrantes antes de 2050, es decir, un millón al año, solo para estabilizar el número de habitantes¹⁸. Sin embargo, según esta hipótesis, el envejecimiento de su población continuaría, y el número de activos que cubrirían las necesidades de un dependiente —jubilado o menor— pasaría de 4,3 a 2,2. Si el objetivo fuera estabilizar la población *activa* en la Unión Europea, es decir todos aquellos entre los quince y los sesenta y cuatro años, el total de inmigrantes que se debería hacer llegar se elevaría a 80 millones, es decir 1,6 millones por año. Incluso después de la oleada de 2015, Europa no está preparada para llegadas de esa magnitud. La inmigración sigue siendo un campo de minas político, tanto en la entrada —en lo relativo al control de las fronteras y a las reglas de admisión— como en el establecimiento, en lo relativo a los modelos de integración. Para unos como, por ejemplo, Polonia, para quien habría que defender los estados «étnicamente homogéneos»¹⁹, el umbral de tolerancia se franqueó hace ya mucho tiempo y la «fortaleza Europa» es una cuestión de supervivencia; para otros, sobre todo Alemania, la

«acogida» es un imperativo categórico y cualquier tentativa de condicionarla se asimila a una falta moral, la xenofobia: *Fremdenfeindlichkeit* (aunque esta postura parece ir perdiendo peso desde la pérdida de fuerza electoral de Angela Merkel en septiembre de 2017; la canciller alemana evita repetir hoy en día que no debería haber ningún «techo» —*Obergrenze*— en la inmigración). Los partidarios de un «debate en frío» subrayan que no se podrá compensar el envejecimiento de las poblaciones europeas sin la ayuda de esos «brazos» y «cerebros» del extranjero si queremos mantener el nivel de vida actual. Si bien su punto de vista parece más racional, aunque sea solo porque supera el maniqueísmo del todo o nada, también plantea sus propios problemas. De entrada debemos contar con el reagrupamiento familiar. Teniendo en cuenta el tamaño medio de las familias africanas, este deterioraría de nuevo la mencionada ratio entre activos y dependientes por el aumento del número de menores en edad de escolarización, y también en el sistema sanitario. Además, el «taylorismo biopolítico» que despieza a los humanos le baila el agua al empresario. Este reclama brazos y cerebros para sus fábricas, oficinas y laboratorios, pero son hombres y mujeres los que llegan y esperan encontrar su lugar —todo su lugar— en la sociedad llamada «de acogida». ¿Quién asume el sobrecoste de los cursos de idioma, las ayudas a la vivienda y los cursos de reconversión? Paradójicamente, la izquierda no ve ningún inconveniente en imputar esas «externalidades negativas» a los contribuyentes. Sería más coherente consigo misma si impusiese a los emplea-

dores un impuesto pigouviano, que lleva el nombre del economista británico Arthur Cecil Pigou (1877-1957), el primero que propuso un impuesto que corrigiese los costes de producción nacionalizados.

«La migración se ha politizado antes de poder ser analizada», afirma Paul Collier, profesor de la Universidad de Oxford, codirector del Centro de Estudios de la Economía Africana y autor de una obra sobre el tema, *Exodus: How Migration is Changing our World*. En ella lamenta que el debate oscile entre Escila y Caribdis —la puerta cerrada o el derecho a instalarse donde uno quiera— en lugar de buscar una vía navegable entre los monstruos marinos gracias a una política de inmigración. Si la llegada de extranjeros fuera la Némesis que se describe a menudo, ¿cómo habrían podido construir su prosperidad países como Estados Unidos o Australia? Y al revés, si la inmigración fuera el único clavo ardiendo al que aferrarse para las sociedades que envejecen, ¿cómo se las podría apañar Japón sin ayudas externas? Collier considera que la libertad incondicional de establecerse donde uno quiera es «*the stuff of teenage dreams*», el relleno de los sueños adolescentes. Llevada al extremo, conduciría a que todo el mundo se instalase en un solo país, el que ofreciese las mejores oportunidades, la mayor riqueza en la actualidad y la mejor esperanza para el futuro. Sin embargo, de acuerdo con Collier, el ángulo muerto de esta utopía se revela en la idea de que los adinerados de la Tierra decidirían «libremente» instalarse en el tercer mundo. ¿No nos alarmaríamos por la vuelta del colonialismo?

EN EL REINO DE LO FALSO

Hasta principios del siglo XXI, Europa ignoró su declive demográfico y los desafíos que iba a plantearle el rápido envejecimiento de sus poblaciones, incluso a costa de negar la evidencia. El vuelco de las pirámides poblacionales de Italia, Alemania, España y Grecia, países en los que el número de personas de más de sesenta años supera al de los de menos de veinte por primera vez en su historia, solo acaparó la atención de algunos demógrafos atentos, entre los cuales cabe destacar a Jean-Claude Chesnais, Jean-Claude Chasteland y Herwig Birg. En marzo del año 2000, cuando los jefes de Estado o de gobierno de la Unión Europea se reunieron en Lisboa para fijar su estrategia común para la próxima década, ni la demografía ni las crecientes tensiones en torno a la migración figuraron en el orden del día. Que no se hayan percatado de este asunto puede resultar aún más sorprendente en la medida en que la capital de la Unión Europea, Bruselas, es una de las ciudades europeas con mayor número de inmigrantes. Desde el año 2000, la mitad de los niños nacidos en Bruselas eran hijos de padres inmigrantes y los musulmanes representan un cuarto de los habitantes de menos de veinticinco años²⁰. Pero los políticos no fueron los únicos que no prestaron atención. Los que alimentan día tras día el debate público con sus reflexiones, los «generadores de opinión» de los medios o del mundo académico, también achacaban el malestar social por la inmigración a la extrema derecha y a los movimientos populistas nacientes.

Como embudos identitarios, las redes sociales expandían este malestar sin que las élites dirigentes tomaran nota. Los primeros gritos de alarma, en este caso de una estridencia crepuscular, los lanzaron los estadounidenses. El 15 de junio de 2005, en el *Washington Post*, Robert J. Samuelson anunció «*the end of Europe*» a falta de niños y de crecimiento económico. Dos años más tarde, Walter Laqueur publicó un libro titulado *The Last Days of Europe. Epitaph for an Old Continent*. Como ya hiciera Bruce Bawer en 2006, relacionaba el declive demográfico de Europa sobre todo con el «desafío» que iba a plantearle el islam fundamentalista al Viejo Continente que «toleraba la intolerancia»²¹.

La geografía humana de África tampoco acaparó la atención que merecía. Más allá de constatar la evidencia de una explosión demográfica en el continente vecino, Europa no estimuló su curiosidad ni promovió que se llevaran a cabo investigaciones. A título de ejemplo, la bibliografía que se les propone a los doctorandos de la School of Advanced International Studies (SAIS) de la Universidad Johns Hopkins de Washington D. C., por situar los conocimientos de un futuro especialista en África, incluye 212 obras relacionadas con la economía, 63 sobre cuestiones étnicas y 34 relacionadas con lo religioso, pero solo dos títulos abordan la demografía²². Es cierto que desde principios de los años noventa y con el enrolamiento masivo de niños soldado en el curso de una década marcada por la abundancia de guerras en África, «los jóvenes» se han convertido en un paso obligado en la literatura dedicada al continente por parte

de las agencias de Naciones Unidas, las grandes fundaciones y numerosas ONG. Pero el propósito se pierde a menudo en buenas intenciones confusas: si casi todo el mundo al sur del Sáhara es joven, ¿se puede aportar una solución a los problemas aumentando los «proyectos para la juventud»? Es una contradicción en los términos. La mitad de los 1.300 millones de africanos no constituye un «objetivo», sino un pozo sin fondo.

Más recientemente, algunas publicaciones han ido desbrozando el terreno de la demografía en África. En Francia, Jean-Michel Severino y Olivier Ray, desde 2010 en *Le Temps de l'Afrique*, y Serge Michailof en 2015, en su obra *Africanistan*, han abordado con valentía la pirámide poblacional africana: los primeros por el lado bueno, con la esperanza de que el continente se beneficie de un «dividendo demográfico» cuando sus abundantes jóvenes encuentren un trabajo remunerado; en el caso de Michailof, por el lado negativo, con el temor de que esto tarde en llegar y de que «África, en crisis, se encuentre en nuestros extrarradios», por retomar el subtítulo de su libro. En Estados Unidos, la obra publicada en 2015 por Marc Sommers, *The Outcast Majority: War, Development and Youth in Africa*, ha enriquecido con su amplio trabajo las perspectivas sobre el asunto. Finalmente, Moussa Mara, por su parte, que fue en 2014 el primer ministro más joven de la historia de Mali, ha colocado la cuestión demográfica en el núcleo de su obra *Jeunesse africaine, le grand défi à relever*, publicada en 2016. A riesgo de tocar un tabú, en ella se declara favorable a las políticas de control de la

natalidad calculando que con una tasa de crecimiento constante del 3 % la economía de Mali tendría que crecer un 7 % durante dieciocho años para que el PIB per cápita se duplicase²³. Dicho de otra manera, Mali, cuyo PIB por habitante era de 65 dólares en 2015, tardaría más de un siglo en alcanzar el nivel de vida *actual* por habitante de Francia, que es de 44.000 dólares.

El punto de partida de mi razonamiento es el siguiente: si hablar de un «joven africano» implica incurrir en un pleonasma al sur del Sáhara, la geografía humana es de una importancia capital para comprender el África contemporánea. Está claro que la clave demográfica no abre todas las puertas. Pero en África, sobre todo al sur, todo tiene un factor común: la pobreza persistente, las luchas políticas, los conflictos armados, las cuestiones económicas, el aumento de los extremismos religiosos, los desafíos de la sanidad, de la educación y del medio ambiente, el *stress test* entre las generaciones, y también la «huida hacia Europa» que se anuncia en este libro; todo ello se inscribe en la misma matriz que es la excepcional juventud africana en un mundo que, en general, cuenta bastantes canas. Desde esta perspectiva, este libro propone un panorama general de África, tratada como «la isla-continente de Peter Pan».

Antes de nada es necesario precisar algo. En un continente en el que el estado civil es el más «fallido» de todos, en el que el país mejor organizado en este asunto—Sudáfrica— no registra (si es que es cierto) más que ocho nacimientos o fallecimientos de cada diez²⁴, en el que los primeros censos algo fiables datan de los años

cincuenta (en Chad, el primer recuento de la población no tuvo lugar hasta 1993), adelantar cifras es un ejercicio peligroso y citar más allá de la coma es casi una prueba de incompetencia. Por ejemplo, Ghana revisó su PIB a un alza del 63 % en 2010; Nigeria hizo lo mismo con el suyo con un 89 % de crecimiento en 2013, y Kenia se añadió un modesto 25 % en 2014. Para empezar, todas las estadísticas económicas han dado unas cuantas vueltas. De la misma manera, cuando los medios informan del número de refugiados en África, habría que recordar que estos desplazados ni siquiera se contaban cuando estaban en su casa²⁵. ¿Y qué decir del número de muertos en una guerra africana, aparte de que es el fatal resultado de un coeficiente más o menos arbitrario? El economista jefe del Banco Mundial, Shanta Devarajan, lamenta profundamente la «tragedia estadística en África». Cada vez que se aporta una cifra como prueba irrefutable, habría que pensar en el superlativo de engaño: mentiras, mentiras como la copa de un pino, estadísticas...

Con una horda de ejemplos como apoyo, el economista Morten Jerven ha escrito todo un libro —*Poor Numbers: How We Are Misled by African Development Statistics and What to Do About It*— para actualizar los frágiles fundamentos sobre los que se construyen los templos estadísticos en África²⁶. No hay nada que añadir a su demostración, salvo que el reino de lo falso es solo una provincia en el vasto imperio de la mala fe. Por ello, aunque sea ya un reto mayo establecer quién vive con qué presupuesto diario en África, el Banco Africa-

no de Desarrollo (BAD) definió en 2010 la clase media del continente diciendo que comprendía a todos los que disponen de entre dos y veinte dólares al día, es decir 327 millones de africanos: un tercio de la población entre Tánger y Ciudad del Cabo²⁷. Ah, ¡qué buenas noticias! Claro que cuando se sabe que dos tercios de esos presuntos adinerados ganan entre dos y cinco dólares al día y que en ningún otro lugar del mundo considerarían su poder adquisitivo como el billete de entrada a una clase media que merezca ese nombre, se entiende que estadística, aquí, rima con política. En los próximos capítulos veremos que es una aliteración bastante banal.

Entonces, ¿qué se puede hacer? En este libro, todos los datos citados —numerosos— se citan con buena fe, pero solo como magnitudes y puntos de comparación. Sirven para calibrar la realidad sin alimentar la ilusión de una exactitud que no está a su alcance.